

DMITRY GLUKHOVSKY

METRO

2035



minotauro

METRO 2035

DMITRY GLUKHOVSKY

minotauro

Metro 2035
Núm. 3 de 3

© Dmitry Glukhovsky
Publicado por acuerdo con www.nibbe-wiedling.de

Publicado originalmente como *Metro 2035*

Publicación de Editorial Planeta, S.A., Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2022 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Joan Josep Mussarra Roca, 2016
Traducción del capítulo «Fin del camino»: © Ana Guelbenzu de San Eustaquio, 2019
Fotografía de interior: © Verónica Arenas

ISBN: 978-84-450-1283-3
Depósito legal: B. 14.493-2022
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible

PRIMERA PARTE

Todo el pueblo, incluido Vanka, conocía el Camino.

El sendero por el que solían transitar la gente del pueblo, y que desaparecía bajo la grasa líquida que llenaba los baches, no conducía hasta el Camino, sino que iba en dirección contraria, hacia Matveevka, hacia el río. La única manera de llegar al Camino era una senda poco fiable que nadie había hollado a saber en cuánto tiempo. Una senda que zigzagueaba entre arbustos de los que pendían frutos grandes como el puño de un niño, y que casi desaparecía entre las hierbas altas. En el Camino no había nada que pudiera interesar a nadie, y todo el pueblo lo sabía. En otros tiempos, los más pequeños habían ido a correr por allí, a pesar de las advertencias de sus padres. Podían dibujar con trozos de ladrillos silicocalcáreos en el suelo compacto y duro, y la pelota también rebotaba mejor. Luego desaparecieron algunos niños que se habían escapado para jugar en el Camino y desde entonces se consideró un lugar maldito, malo. Pero la principal causa de que lo olvidaran es que el Camino no conducía a ningún lugar. No tenía ningún sentido ir por él.

Si a Vanka no le hubiera ocurrido nada especial aquel día, lo más probable es que no hubiese ido nunca por el Camino. Habría pasado en casa de sus padres toda su vida, que con suerte habría durado unos cincuenta años, y no se le habría ocurrido ir más allá de Matveevka. ¿Para qué iba a marcharse por el Camino? ¿Para dar de comer a los lobos?

Por supuesto que huir del hogar por esa vía era una empresa absurda y condenada al fracaso. ¿Por qué? ¿Por qué no se dirigió al único pueblo

cercano, donde había seres humanos, y se marchó precisamente por el Camino? Tal vez para probarse a sí mismo su terquedad y valentía, para ver cuántos pasos era capaz de dar en dirección a la nada antes de aceptar la humillación de la derrota y emprender aliviado el regreso.

Por lo menos estaba claro que en otro tiempo había habido algo cerca del Camino. Los que habían vivido por allí decían que había que ir siempre hacia la derecha. Así, en cinco días se llegaba a Bir-Dzhana, y en dos semanas a Khabar.

Khabar era un sitio que se parecía a su pueblo, o a Matveevka, pero más grande, e incluso enorme, y todas sus casas eran de ladrillo, y también la escuela y el consejo de la aldea. Casi todos los edificios eran de dos pisos, había algunos que tenían tres y cuatro plantas, aunque no se entendía cómo unas construcciones tan altas podían aguantar sin derrumbarse.

Tal vez los ancianos mintieran para darse importancia. ¿Quién les habría dado comida, de no ser por las historias y recuerdos que contaban? No habrían podido sobrevivir ni un invierno. Y es que eso era lo más entrañable: reunirse una noche de enero en el club, encender una antorcha, servirse vasos llenos de aguardiente casero y escuchar a Mikhailich, o al abuelo Marat, mientras explicaban cómo había sido el mundo de antaño y se secaban sin parar el sudor de la calva. Muchos de los adultos todavía recordaban aquella época, pero no muy bien. Salvo una pareja de ancianos, en el pueblo no quedaba nadie con más de treinta años. La Nube Negra los había matado a todos.

Vanka tenía trece años, esa edad en la que empiezas a darte cuenta de que los padres no saben nada de la vida y todo lo hacen mal. Pero no gozaba de muchas posibilidades para llevar la contraria: su padre era cazador, un hombre severo que no estaba dispuesto a discutir con su hijo. Todo lo zanjaba a base de puñetazos y palabrotas. La madre era una mujer débil, siempre lívida. Quería a Vanka, pero no lo defendía.

Hasta ese día todo había ido más o menos bien. Si bien Vanka contestaba cada vez con más osadía a su padre —y esquivaba ágilmente sus manotazos—, este último también se mostraba algo más dispuesto a aguantar sus excentricidades y pedanterías. Era probable que al cabo de unos tres años la relación se equilibrara, que Vanka aprendiera a tratar con mayor comprensión a su padre, y que el padre aceptara que había dos hombres en la casa y que ambos tenían derecho a dar su opinión.

Ni que decir tiene que Vanka no había pensado en nunca en fugarse, ni siquiera en todas las ocasiones en las que se había escondido en el co-

bertizo después de recibir un guantazo de su padre, o de soportar su ira, y se había dicho que ya no lo aguantaba más. Pero ni el padre era rencoroso, ni el propio Vanka sabía estar de morros mucho tiempo, y la familia acababa por reunirse para la cena, aunque todo el mundo mirase al plato con mala cara.

Con todo, Vanka no perdonaba las humillaciones. En primer lugar, porque no se merecía las bofetadas. Su padre se las daba tan sólo para desahogarse los días que la caza no le iba bien. Porque había deambulado en el bosque durante dos días y había vuelto con el hombro roto, una costra endurecida de sangre que le ensuciaba media manga, la aljaba vacía y una única perdiz, aunque hubiera ido a cazar un alce. La pequeña había enfermado aunque fuese verano, la madre se había puesto nerviosa y había pedido al padre que no se alejara mucho, pero éste trataba de abatir a un animal más grande para disponer de provisiones de carne.

—Vaya —le había dicho Vanka—. Sin noticias del alce. ¿Pasaré por aquí más tarde?

¿Sólo por eso había tenido que dejarlo tendido en el suelo? Aún peor: todo había sucedido en presencia de su vecina, Verochka. Hacía siete meses que Verochka le gustaba a Vanka, desde Año Nuevo, pero la niña no le había hecho caso, porque salía con el larguirucho de Sashka Vinogradovi. El muchacho era tres años mayor que ellos dos. Vanka no era rival para Vinogradovi, así que no le quedaba más remedio que aguardar por si rompían. No albergaba muchas esperanzas, pero en todo momento trataba de ganarse las simpatías de su guapa y rubia vecina. Vanka aún no tenía nada claro hasta dónde querría llegar si la cosa le salía bien, pero todas las noches, al cerrar los ojos, veía los gruesos labios de la muchacha, manchados de zumo de fresa. Le habían perseguido desde el día en que la vio con sus amigas en el sotobosque, detrás de la cosecha de bayas.

A decir verdad, Vanka había soltado el chiste sobre el alce porque quería arrancarle una sonrisa a Verochka. No había tenido en cuenta los sentimientos de su padre. La reacción fue instantánea: su padre, sin pensar, le había abofeteado como de costumbre, con la mano abierta contra las orejas, de costado. Pero aquella vez no se había contenido en absoluto.

Vanka había oído un zumbido insufrible, había visto motitas brillantes y no había logrado ponerse en pie hasta tres minutos más tarde. Se había quedado a gatas sobre el charco, tambaleante. Había tratado de tomar aire y frenar las vueltas que le daba la cabeza. El padre no había

vuelto a pegarle. Había escupido a sus pies y le había dicho con menosprecio: «¡Cerdo! ¡Deberías estar agradecido!»

Cuando, por fin, Vanka había logrado incorporarse y mirar a su alrededor con ojos turbios, no había encontrado a su padre, ni a Verochka. Después de aquello ya no merecía la pena coquetear con ella. Vanka se pasó una hora, o tres, sentado en el cobertizo, y al salir todo le parecía igualmente trágico. Si hasta le costaba imaginar que pudiera volver a andar por la misma calle que Verochka. Odiaba a su padre, sin matices. La rabia mezclada con vergüenza hizo que durante unas horas se planteara represalias más o menos ingenuas, pero luego, al notar que la oreja ya estaba mejor, lo dejó correr y se decidió a marcharse de casa para siempre. Pero ¿adónde iría?

Si se marchaba a Matveevka, su padre lo descubriría en un santiamén. Era el primer lugar a donde iría a buscarlo. ¿Se iría al bosque? Y una vez allí, ¿qué haría? ¿Merodear por los claros cercanos al pueblo y asustar a los buscadores de setas? Acabaría por hartarse de comer bayas y rúsculas, y al final volvería a casa para tomar la sopa de mamá. No, tenía que fijarse un objetivo. Podía marcharse por el Camino y tratar de llegar a Khabar. O en dirección contraria. A Vanka le pareció que era un buen objetivo. Obviamente el guantazo de su padre le había embotado el cerebro.

En Khabar no quedaría ni un alma. Al menos no habría seres humanos. La ciudad había quedado reducida a cenizas desde el principio. Probablemente, la radiación sería tan fuerte que la garganta le escocería nada más llegar y se desmayaría poco más tarde. Y el que pierde el conocimiento puede darse por perdido. Se traga tal dosis que ya no puede levantarse y arde en vida.

Pero todo aquello no eran más que suposiciones... hacía casi veinte años que no se podía venir en coche desde Khabar y los vagabundos desastrados que llegaban de vez en cuando por el Camino no eran fiables. Uno de ellos juraba que lo único que quedaba de la ciudad era un solar abrasado sin fin, y que no se había conservado ni un solo ladrillo entero, tan sólo una capa de medio metro de hollín y ceniza. Pero otros contaban que los edificios seguían intactos y que de noche se encendían luces en las ventanas. En realidad, lo más probable era que los vagabundos vinieran de otros pueblos y no hubieran caminado más de cien kilómetros por el Camino. La mayoría no se atrevía ni siquiera a eso, pero la fama de viajeros audaces les garantizaba un mendrugo de pan.

Quizá se le ocurrió a Vanka que al regresar de la excursión lo verían como a una persona madura y fuerte, y que al contar sus aventuras borra-

ría de la memoria de Verochka la imagen del niño endeble que recibía bofetones, tendido sobre la mugre con total impotencia, sin fuerzas para ponerse en pie.

Aunque su pueblo acogiera siempre a los foráneos, éstos aparecían con frecuencia cada vez menor. El Camino se había vuelto peligroso y el bosque empezaba a cerrarse sobre él. En ciertos lugares ya se veían pinos jóvenes que habían crecido en sus grietas. En realidad, no eran muchas. El Camino había sido recubierto a conciencia y había aguantado el frío de quince años de invierno siberiano, y últimamente, aunque el polvo empezara a asentarse y el sol brillara cada vez con mayor fuerza en verano, soportaba el calor de julio.

Hacía tres años que había llegado al pueblo un último forastero, si no se contaba como tales a los habitantes de Matveevka. Esta última localidad estaba más apartada y hacía cinco años que nadie se había presentado por allí. Se encontraba a casi seis kilómetros. La senda era mala. Además, la frecuentaban lobos. Por ello, cada vez que querían visitar a sus vecinos iban en convoyes de carros, provistos de ballestas y otras armas, y aun así trataban de llegar antes de que cayera la noche. Pero la senda no había quedado cubierta por la vegetación. Ni la gente del lugar, ni los habitantes de Matveevka, escatimaban esfuerzos en retirar un árbol caído, cortar las espinas venenosas que se acercaban demasiado al margen, ni siquiera en llenar de arena los baches más hondos en los que habrían podido romperse los carros, unos vehículos muy apreciados que construían con piezas de automóviles.

No podía ser de otro modo. Aparte de Matveevka, no había seres humanos en unos cincuenta kilómetros a la redonda, y cabía la posibilidad de que los pueblos más lejanos hubieran dejado de existir. Nadie iría a comprobarlo. Lo de Matveevka era distinto. Habían cerrado con ellos un acuerdo de colaboración por si atacaban salvajes o fieras, o se acababan los víveres del invierno. La gente del lugar se habría visto perdida sin la de Matveevka. En invierno tan sólo comía peces y se veía obligada a depositar toda su esperanza en el río. Con todo, los de Matveevka tampoco lo tenían fácil. Su tierra era mala, su arena era arcilla. Lo único que podían plantar eran pinos, porque las patatas y la verdura prefieren zonas más cálidas. Antes, durante los primeros años, tan sólo habían podido cultivar dentro de las casas, en tinajas. Luego el cielo se había despejado, el verano se había vuelto cada vez más cálido y cada uno de los habitantes del pueblo había plantado un buen huerto. No, no quería ir a Matveevka. ¿Qué clase de fuga habría sido esa? Tan sólo un paseo...

Impulsado por el absurdo deseo de hacer algo de verdad, decisivo, llegó hasta el Camino, y cuando tuvo que elegir entre ir hacia la derecha, en dirección a Khabar, o hacia la izquierda, se decantó por la izquierda, hacia lo desconocido.

Vanka no recordaba que nadie hubiera ido nunca por la izquierda. Todos los forasteros venían por la derecha. Se rumoreaba entre la gente del lugar que más allá del pueblo no había viviendas humanas en cientos de kilómetros. Además, en el bosque que atravesaba el Camino había lobos enormes, capaces de derribar a un toro. Por ello, los viajeros se desanimaban y retrocedían por donde habían venido, por la derecha. Los que, a pesar de todo, habían osado marcharse por la izquierda no regresaban, por lo menos al pueblo.

Pero cada vez que pensaba en el Camino, Vanka sentía inquietud: ¿cómo era posible que no hubiera nada a la izquierda, si se trataba de un Camino tan magnífico, ancho, asfaltado?

Pasó la noche en el cobertizo, porque no quería ver a su padre. Cuando todo el mundo estuvo acostado, se metió en la cocina a hurtadillas y se tomó una sopa fría que había preparado su madre y aún estaba en la cazuela. A continuación cogió carne curada, pan seco, todo lo que encontró. Hurtó el cuchillo de caza de su padre, el arco y las flechas, y se escondió a esperar el amanecer.

De noche, las puertas del pueblo estaban cerradas. Cabía la posibilidad de trepar por la doble empalizada de tres metros de altura que lo circundaba. Estaba hecha con troncos de pino. Pero lo habrían visto desde los puestos de vigilancia, y si tenía mala suerte podían llegar a dispararle. Además, entre las dos hileras de troncos deambulaban perros guardianes muy feroces, y Vanka no quería caer entre sus zarpas. Como mínimo le desgarrarían los pantalones vaqueros, y después tendría que pasarse dos semanas en arresto domiciliario.

No eran ésas las únicas medidas que se habían adoptado para proteger el pueblo. Aunque hacía años que no se sabía nada de los salvajes, no podían dar por sentado que hubieran abandonado la comarca para siempre. Mientras los habitantes del pueblo no se habían unido a los de Matveevka para ofrecer resistencia, los salvajes no habían dejado de robar ganado y atacar a los buscadores de setas. Sacaban los ojos de las cabezas de sus víctimas y después las dejaban a las puertas del pueblo.

Al fin ambas comunidades habían creado una fuerza de doscientos luchadores, y ésta había sorprendido a una furiosa banda de salvajes y los había masacrado. Entonces, la comarca se había vuelto más tranquila. Ya

sólo les preocupaban los lobos y los murciélagos de gran tamaño. Habían exterminado a los salvajes con una brutalidad digna de bestias feroces, pero así habían ganado unos años de paz y tranquilidad. Ni el luchador más locuaz quiso explicar qué había ocurrido con las hembras y las crías que se llevaron a un claro apartado después de la batalla. La columna de humo que se elevaba desde allí ocultó el cielo durante dos días seguidos.

Con todo, podían venir otras bandas, y por eso todos los días había tres turnos de vigilancia, las puertas se cerraban al ponerse el sol y no volvían a abrirse hasta el amanecer, y eran raras las ocasiones en que los convoyes iban y volvían de Matveevka sin protección. No podía decirse que los dos pueblos se hallaran en estado de sitio, pero ni la gente del lugar ni los de Matveevka emprendían más expediciones. Mejor no ir a otros lugares. Que cada uno se quedara en su casa.

A nadie se le habría ocurrido acercarse de noche a la empalizada. El vigilante no habría abierto por Vanka. Era más fácil esperar a la salida del sol, ir al vigilante, decirle que quería salir en busca de setas y marcharse por la senda angosta, entre las hierbas altas, los arbustos, los árboles nudosos, y cruzar la colina entera hasta llegar al Camino.

Pero se habrían dado cuenta en seguida. Uno de los vigilantes era muy amigo de su padre y le explicaría lo que había hecho Vanka. No se preocuparían hasta que llegara la noche y vieran que Vanka no había regresado a la hora de cerrar la puerta. Un solo día le bastaría para llegar lejos. Por allí sólo había montes pelados. El Camino zigzagueaba entre ellos, y aun cuando pasara por terreno elevado tan sólo permitía divisar las cimas más próximas, y las depresiones quedaban ocultas. No habría podido hallar un paraje más propicio a la fuga. Si además llovía, la pista de olor se borraría y los perros no podrían seguirlo... Su padre, sin duda, saldría a buscarlo. Después de todo era su único hijo varón, aunque no fuera el favorito.

Le convendría llevarse un paraguas. Vanka, igual que todos los niños nacidos después de la guerra, aguantaba las tormentas venenosas mejor que los adultos, pero de todos modos podía enfermar. La gente de la comarca se hacía paraguas con piel de cabra. No les quitaba el pelo, quedaban bonitos y hasta resultaban cómodos, aunque pesaran un poco al quedar mojados tras la lluvia. Por el motivo que sea, los llamaron «robinsones». Cuando era pequeño, Vanka, confundiendo dos palabras, había empezado a llamarlos «robinmontes», y aún lo hacía de vez en cuando, por costumbre.

Vanka aún estaba sentado sobre el montón de heno y contemplaba un

redondel de cielo nocturno, oscuro y grisáceo, que se veía por un agujero abierto en la pared bajo el techo del cobertizo. Oyó a lo lejos el aullido de los lobos y pensó que tal vez fuera mejor quedarse. Pero llegó a la conclusión de que era de todo punto imposible. Aquella vez su padre se había enfadado más de lo habitual. Por la mañana no podría evitar la bronca, y quizá tampoco unas zurras. Además, después de la vergüenza que había sufrido, no quería vivir bajo el mismo techo. Y Verochka... la había perdido para siempre, y verla todos los días con esa conciencia, y sabiendo que la muchacha lo había visto todo, que había sido testigo de su humillación... habría preferido morir ahogado. O marcharse del pueblo.

En cuanto el horizonte empezó a teñirse de un color rosáceo, Vanka repasó una vez más el contenido de la mochila y salió del cobertizo. A la salida del pueblo, tal como había previsto, no le hicieron preguntas. Los guardias no paraban de bostezar y de frotarse los ojos enrojecidos por la falta de sueño. Abrieron el cerrojo con gran estruendo, lo acompañaron al otro lado de la empalizada, escucharon somnolientos mientras les decía lo de las setas, soltaron palabrotas entre dientes y regresaron a sus puestos.

Mientras los centinelas pudieron verlo, Vanka anduvo sin prisas. Hurgaba las setas con una vara de sauce y trataba de pisar con el máximo sigilo para que sus pasos, el crujido de las ramas, el roce sobre la hierba, no le impidieran oír gritos y pisadas de posibles perseguidores. Todo estaba en calma. No había nadie interesado en atraparlo. Al cabo de media hora, seguro ya de que las colinas impedirían que los vigilantes lo divisaran, echó a correr con todas sus fuerzas. Aquel año daba la casualidad de que ninguno de los habitantes del pueblo se había acercado al Camino. La senda apenas si se intuía entre las hojas verdes y afiladas que llegaban hasta el mentón, y las espigas lanosas de las malas hierbas.

Un sol escarlata todavía tenue se esforzaba por trepar por la cresta de la colina. La depresión se llenó con el canto de los saltamontes, que hacían oír su voz desde los arbustos que flanqueaban el Camino. Los pajarillos se disponían a interpretar su parte en el concierto. Vanka sintió en el alma un alivio inexplicable, como si la estupidez de marcharse de casa, a la que unas horas antes había estado a punto de renunciar, hubiera sido la mejor decisión de toda su vida.

Al divisar el Camino a lo lejos, aceleró todavía más el paso. No se permitió un instante para tomar aliento, hasta que llegó a un rótulo desvenado y herrumbroso donde se leía:

SEMIONOVKA 4 KILÓMETROS
MATVEEVKA 10 KILÓMETROS

Antes de éste había una bajada cubierta de asfalto. Pero no habían conseguido que llegara al pueblo. Al cabo de diez metros el asfalto se transformaba en camino de tierra apisonada, y luego en una senda angosta que se prolongaba, casi imperceptible, hasta la localidad.

En Semionovka, en la plaza que se hallaba frente al consejo de la aldea (donde también se encontraban los edificios del club y de la escuela) quedaba algo de asfalto agrietado y desgastado por el paso del tiempo. Así, Vanka no veía nada que le resultara insólito. Pero de todos modos el Camino estimulaba su imaginación. Era muy amplio —hasta unos treinta pasos—, sorprendentemente liso —sin baches ni apenas grietas—, cual franja oscura instalada entre los montes pelados, tan bien puesta que los pinos y los abetos no habían conseguido borrarla en las décadas transcurridas. Aún se conservaban las marcas: se distinguían a la perfección las líneas de puntos sobre la superficie rugosa.

No le quedaba tiempo para reflexionar. Miró a ambos lados, se llenó los pulmones del aire húmedo de la mañana y se marchó por la izquierda.

SEGUNDA PARTE

No tenía un objetivo concreto, ni podía tenerlo. Quien emprende un viaje a ninguna parte tan sólo puede preguntarse cuándo reunirá el valor suficiente para reconocer que la huida no tiene sentido y volver atrás. Existía una mínima posibilidad de encontrar seres humanos y un nuevo hogar, pero no era eso lo que Vanka deseaba en el fondo de su alma, y cuanto más avanzaba por el Camino, más consciente era de ello. Al principio se arrimaba al margen, y al subir por la siguiente colina se acercó a los troncos de los árboles, trató de fundirse con ellos y volverse invisible, y de tiempo en tiempo contemplaba el valle que se extendía entre los cerros. Pero al cabo de diez veces de no ver a nadie en el lienzo interminable que cubría la depresión, abandonó todo intento de ocultarse y se echó a andar por en medio del Camino. Al tiempo que caminaba, tarareaba para sus adentros una canción que había oído en el club del pueblo. Después del mediodía, Vanka se detuvo a reposar cerca de un angosto riachuelo de agua casi transparente que atravesaba el Camino. Pasó por un puente de tamaño considerable, que alguien debía de haber construido

por si el riachuelo crecía y la orilla se elevaba hasta tres veces la altura que tenía entonces. Entonces echó un trago de agua y sacó provisiones de la mochila. En todo el día no vio ningún ser vivo, tan sólo divisó de lejos un alce con una cría, pero no osó acercarse a ellos. Pensó que ya se había alejado bastante de su pueblo. En cualquier caso, Vanka se había hartado de contar las colinas por las que pasaba y lo dejó correr. El Camino seguía adelante sin inmutarse y el muchacho no encontró ningún cartel que indicara la cercanía de un pueblo, ni roderas de carro que lo atravesaran. Pero no podía ser que hubieran hecho aquel Camino en medio de la nada. Tenía que haber algo a su otro extremo... un destino por el que mil obreros de la propia Khabar (si hubiéramos juntado Matveevka y Semionovska, y otros dos pueblos de igual tamaño, a lo mejor habría sido posible reunir a tantas personas) habían trabajado de día y de noche, año tras año, turnándose a lo largo de los años o muriendo, desmoralizados, allí mismo, en aquel lugar perdido, a cientos de kilómetros de la vivienda humana más próxima. Lo más probable era que ninguna de aquellas personas continuara con vida...

Vanka habría sido incapaz de creer que el Camino lo habían construido seres humanos, si no lo hubiera sabido de antemano. Con todo, los ancianos afirmaban que las casas de varios pisos, los puentes firmes sobre ríos anchos y agitados, e incluso los caminos asfaltados, habían sido algo absolutamente cotidiano en otro tiempo. Después ocurrió lo que ocurrió, y al parecer fue entonces cuando desaparecieron la técnica y el combustible, y las personas que sabían manejar las máquinas necesarias y dibujar los planos de aquellas construcciones tan complejas. La empalizada y los puestos de vigilancia de su pueblo los habían construido entre todos a lo largo de cuatro años, y no había sido nada, los habían acabado muy rápido. Si se hacían casas nuevas, sólo podían ser de madera. Habían aprendido a encajarla sin necesidad de clavos, porque ya no encontraban. Siempre podían arrancar los antiguos, pero estaban todos oxidados... las pocas construcciones de ladrillo que quedaban de épocas anteriores —el club, el colegio y el consejo de la aldea— se usaban como fortalezas en los momentos difíciles. Si había ataques, las mujeres y los niños se resguardaban en ellos. Se hacía algo parecido en Matveevka, aunque esos ni siquiera tenían club.

Al anochecer, la absoluta e inconcebible vacuidad del Camino empezó a inquietar y abrumar a Vanka. Por lo visto, se había producido un vertido no muy lejos de allí. A lo largo de los márgenes, los árboles cambiaban poco a poco, se volvían más grandes, más de lo habitual en

los álamos y los pinos, y se divisaban las negras siluetas de unos enormes robles y abetos mutantes. Se abrían en dos, se enfrentaban, se alzaban en su desesperación cual las manos de un moribundo, con troncos que parecían dedos nudosos retorcidos por un dolor inimaginable en la agonía final. Vanka se lamentó por no haberle robado el dosímetro a su padre. Allí le habría resultado útil. En aquel lugar los pájaros no cantaban. Lo único que se oía en la espesura era el grito repetitivo de las lechuzas, y cuando empezó a asomarse por el horizonte el tenue espectro de la luna, se distinguió a lo lejos el aullido asesino de los lobos. Por suerte, ninguna criatura se acercó a él, pero con todo Vanka no se atrevía a pasar la noche en el campo. Escogió un árbol nudoso cerca del Camino, se subió hasta el lugar donde se separaban las ramas y se hizo un sitio para dormir. Se hallaba a unos cuatro metros de altura. Podía caerse y hacerse una fractura, pero al menos allí no le alcanzaría un lobo común.

La luna brilló con el color de una cuchara de aluminio y en el negro y fatigado firmamento aparecieron los diminutos agujeros de gusano que eran las estrellas. Vanka, ya amodorrado, se imaginó que el cielo nocturno era un manto y que al dispararle flechas se abrían desgarrones por los que se colaban hilillos de luz, y que eso eran los astros...

Las ramas secas de los gigantes muertos del bosque se partieron como astillas, los troncos de los árboles aún vivos crujieron con tristeza bajo un peso que aún no conocían. Los arbustos, abatidos, susurraron en su impotencia... una criatura de extraordinario tamaño se movía por la espesura y rugía con fuerza. Vanka no había oído hablar de nada semejante. El roble en el que estaba durmiendo se estremecía a cada pisada del monstruo, como si el árbol y el propio Vanka hubieran temblado de miedo y las hojas, asustadas, pugnaran entre sí. Vanka se arrastró a la rama más cercana y trató de apoyarse en ella, con la espalda contra el tronco, en un intento por divisar a la bestia, o por lo menos descubrir a qué distancia se hallaba.

Tuvo suerte dos veces. En primer lugar, porque la criatura salió a un claro que se hallaba a unos cincuenta pasos del refugio de Vanka para echar una ojeada y husmear. Se intuía una silueta enorme y oscura contra los álamos y abetos enfermos, pero Vanka no lograba distinguir si era una versión mutante de alguna de las fieras que ya conocía, o algo que no había visto jamás. Lo único que vio fue que se movía a cuatro patas y que la cerviz se encontraba a por lo menos tres metros del suelo.

El viento sopló en la cara de Vanka y la suerte le sonrió por segunda

vez. Como el olor no le permitía encontrarlo, la criatura soltó un rugido de irritación, dio media vuelta sobre sus extremidades traseras, derribó varios pinos jóvenes con las delanteras y regresó al bosque frondoso.

Entretanto, Vanka estuvo sentado, paralizado por el miedo, abrazado con fuerza a la gruesa rama como si ésta hubiera sido su madre, sin atreverse siquiera a secarse el sudor de la frente. Cuando los crujidos y chasquidos desaparecieron en la lejanía, volvió a acomodarse con cuidado de no hacer el más mínimo ruido y suspiró muy débilmente. Algo le decía que eran pocos los que lograban sobrevivir a un encuentro con la criatura, aunque fuesen cazadores experimentados.

A pesar de lo ocurrido, logró conciliar el sueño. Por lo visto, el monstruo no lo había asustado sólo a él. Durante toda la noche no volvió a oír otro aullido. Ni los horribles gritos de los murciélagos, ni el sollozo desesperado de los mochuelos.

Cuando despertó, el sol ya estaba bastante alto. Vanka bajó al suelo con cuidado, echó un vistazo y vio que alrededor del árbol en el que había pasado la noche había decenas de huellas... ¿lobos? Muy agitado, miró a su alrededor. Le pareció que la taiga le devolvía la mirada y murmuraba pensativa con sus millones de hojas, que las garras de sus abetos crujían, que le observaba, le observaba...

Tenía que marcharse de allí como fuera. Cuanto antes. Aunque por el momento los lobos lo dejaran en paz, podían volver. El sentido común le decía a Vanka que regresara al pueblo. Sin embargo, el encuentro nocturno había tenido un efecto extraño en él. Había apartado un poco el velo de miedo y pereza que impedía que la gente del pueblo fuera a ver el resto del mundo, el mundo que se encontraba más allá de Semionovka y Matveevka, el mundo al que se llegaba por el Camino. El encuentro no sólo le había asustado, también había despertado en él la curiosidad, lo había espoleado, le había dado fuerzas para resistir al miedo primitivo ante las desconocidas criaturas que se ocultaban en la oscuridad.

Sin pensar apenas en lo que hacía, Vanka arrugó la frente con determinación y se marchó en dirección opuesta a la de su hogar.

Al cabo de unas horas llegó al final de las colinas. Después de la última y empinada ladera empezaba una amplia llanura cubierta de cenagales oscuros, de juncos y hierbajos de dos metros, de donde brotaban vapores putrefactos. El Camino pasaba sobre un elevado montículo de piedra. Recorría lo que debía de ser el último trecho de suelo firme. Se prolongaba hasta perderse de vista, siempre de color gris monótono e invariable, siempre marcado con las mismas líneas claras, alegres en su misma irrele-

vancia, hacia delante, hacia un punto lejano al que sólo habían sido capaces de llegar los creadores del Camino, unas criaturas de poder sin límite. Vanka lo veía como su último apoyo en aquellas tierras que se volvían cada vez más peligrosas y hostiles.

No podía ni quería pensar más en Verochka, en la discusión con su padre ni en cómo estaría su madre. En aquel instante sólo le interesaba el propio Camino y el lugar hasta donde le iba a conducir. Vanka empezó a fantasear con toda la imaginación que le quedaba, una imaginación marchita, como las verduras que crecían en tinajas y pasaban toda la vida dentro de una cabaña sin ver el sol. ¿Una ciudad? ¿Quizá una ciudad tan grande como Khabar? ¿O todavía más? Los ancianos contaban que en otros tiempos había habido muchas ciudades y que la mayoría de la gente vivía en ellas. Pero ¿qué podía significar muchas? ¿Cinco? ¿Siete? Eso era demasiada población, evidentemente no podía ser. Todo el mundo sabía que el abuelo Marat se llenaba la boca con exageraciones.

A juzgar por lo bien hecho que estaba el Camino, por todos los años que había aguantado y todas las pruebas que había soportado, tenía que haber algo de suma importancia al final de sus cientos, tal vez mil kilómetros de superficie asfaltada. ¿Un escondrijo con tesoros? ¿Medicamentos? ¿Armas? Vanka se imaginó los honores que le rendirían en su pueblo natal si encontraba —por decir algo— unos enormes almacenes subterráneos con metralletas y fusiles... en todo el pueblo no había más que dos fusiles, y por otra parte tampoco les quedaban cartuchos. Uno de ellos lo tenía el presidente del consejo de la aldea colgado en la pared, y el otro era propiedad de Vepria, el cazador más fuerte y hábil. Lo enseñaba en las fiestas del pueblo y provocaba susurros de admiración entre los transeúntes. Hacía ya ocho años que no se había disparado con ninguno de los dos. Vanka creía recordar que en su niñez había oído disparos de fusil, pero los recuerdos de infancia son vagos y engañosos. Tal vez lo confundiera con el retumbar de un trueno...

El Camino, rectilíneo como la lanza de su padre, avanzaba hacia un horizonte asfixiado por una bruma blancuzca. Tras pasar al otro lado del montículo, Vanka anduvo todavía durante tres horas por el asfalto recalentado. La última colina que había quedado a sus espaldas desaparecía en medio de los vapores de la ciénaga y más adelante solo había una cosa: el Camino, el Camino... tenía que encontrar refugio antes de que anocheciera, porque si no, su expedición terminaría de manera repentina y absurda. Cuanto más avanzaba por el Camino, más meditaba sobre su suerte, más le entristecía pensar en que podía morir sin saber qué había

más adelante, y más infamante se le hacía la vuelta a casa con las manos vacías después de emprender una expedición tan llena de promesas.

Las sandalias caseras le herían los pies, así que se las quitó en cuanto el sol dejó de calentar el asfalto y éste empezó a enfriarse. El agua de algunos charcos parecía potable. Hizo un breve alto en el Camino, comió un trozo de carne curada y un mendrugo de pan seco, y echó de nuevo a caminar. El sol parecía sumergirse en el lodazal y aún brillaba con luz violácea. Sus rayos se entrelazaban con los tallos de los juncos. Pero las tinieblas se volvían cada vez más impenetrables y con ellas empezó una nueva vida crepuscular.

A lo lejos sonó un grito lastimero, casi humano. Luego, a unos cien metros de allí, se oyó en el agua un chapoteo de un cuerpo pesado que salpicaba en todas las direcciones, como si lo que empezaba en los márgenes del Camino no hubieran sido unas charcas de poca profundidad, que se habrían podido atravesar con la ayuda de un bastón largo y robusto, sino un abismo sin fondo cubierto de aguas oscuras y muertas, de nenúfares engañosamente inocentes que flotaran con indolencia en la superficie. Si alguien confiaba en ellos, si alguien cedía a la tentación de meter los pies cansados en el agua fresca, el lodazal lo engullía y lo arrastraba hacia el fondo, y devolvía un eructo de satisfacción repleto de burbujas que brotaban de los pulmones de la víctima. Lo único que podía volver a la superficie.

Por cansado que estuviera, no podía echarse a dormir en medio del Camino, a la vista de los lobos y otras fieras. ¿Y si se metía entre los juncos con el cuerpo enroscado? A saber lo que viviría entre la vegetación. El padre de Vanka no se había alejado nunca tanto del pueblo. En cualquier caso, jamás había avanzado por el Camino hasta el punto de llegar a la ciénaga. Siempre solía cazar en el bosque. La ciénaga era un lugar de perdición. De no ser porque el antiguo Camino aún existía, Vanka no se habría aventurado por ella. No le quedaba más remedio que seguir adelante, confiado en que llegaría a una población, o por lo menos a un trocito de tierra firme apartada y resguardada.

La noche, como para llevarle la contraria, se nubló. Si en la víspera la luna había alumbrado con su fulgor de estaño los contornos de los objetos más alejados, en aquellos momentos no le permitía ver más que unos veinte pasos más adelante por el Camino. La oscuridad cubría la ciénaga en todas las direcciones.

Vanka pensó que aquello ya no podía ir a peor.

Entonces sonó a su espalda, a lo lejos, un sonido extraño e inquietante. Primero se hizo oír con timidez, casi imperceptible, pero luego se

volvió más fuerte, hasta convertirse en un estrépito constante, como si una criatura hubiera seguido hasta allí a Vanka y, tras llegar a una distancia cómoda, lo siguiera con sigilo, sin dejarse ver.

Era un crujido siniestro, que se repetía a intervalos regulares. De noche, en aquel Camino desierto construido por los muertos, lo primero que pensó Vanka fue en que había espectros, tal vez almas de obreros que habían perecido en la ciénaga...

Recordó un cuento infantil sobre un oso que quedaba atrapado en el cepo de un astuto aldeano, pero luego se cortaba la pata con los dientes, y durante las noches caminaba alrededor de la cabaña solitaria del campesino con una pata de madera que crujía, y exigía que le devolvieran la suya, que el hombre tenía colgada en casa... Vanka acabó por convencerse de que todo aquello eran idioteces.

Miró a su espalda. No se veía nada. Gritó, preguntó por el nombre de quien anduviera por allí, pero no obtuvo respuesta. Dio unos pasos hacia la criatura con la esperanza de asustarla, pero no, el perseguidor no se rindió. Eso significaba que era más fuerte que él. Habría sido absurdo abalanzarse con el cuchillo de su padre. No sabía qué era. Si por lo menos no le atacaba...

No lograba tranquilizarse. El corazón se le había acelerado de puro nerviosismo. Se le hizo un nudo en la garganta. Vanka se esforzaba por controlarse. Se decía que no podía correr. Si se trataba de una fiera, olería el miedo, su propia fuga lo empujaría a perseguirlo. La debilidad de Vanka se habría hecho patente, y el muchacho se habría convertido en presa fácil. ¿De quién era el territorio en el que había entrado, de quién era la telaraña en la que había caído? Tal vez se alimentaran de viajeros imprudentes tentados por la firmeza del Camino. Salvajes, esclavistas, chamanes telépatas... ¿cómo iba a saberlo, si el abuelo Marat no se lo había contado?

Amedrentado por sus propios pensamientos, no menos que por el misterioso sonido que oía a su espalda, Vanka no aguantó más y echó a correr, golpeando el suelo con las plantas de los pies, ahogándose en su propia respiración entrecortada, con un latido ensordecedor que le llenaba los oídos al mismo tiempo que el diabólico crujido... al cabo de unos veinte minutos llegó a la conclusión de que debía de haberse alejado suficiente y volvió a su paso normal. Antes de tiempo. Al cabo de unos minutos volvió a oír un crujido frío e inhumano a su espalda, en la oscuridad, al principio acelerado, como si el otro también tuviera que hacer cierto esfuerzo, y después a intervalos regulares, igual que antes... ¿unas

patas de madera? ¿O serían unas articulaciones secas en las rodillas y en la pelvis? ¿Acaso el cuervo del cementerio, que en el folklore ruso anuncia la muerte, le habría arrancado toda la carne? Sólo un milagro podría salvarlo. Como le faltaba valor para detenerse y encararse con el perseguidor, Vanka, acorralado, dio un paso adelante, como una res indefensa que se dirige al matadero, a punto para recibir el golpe en el pescuezo que pondría fin a su absurda aventura.

Entonces, la compacta negrura que tenía ante sí escupió el objeto que menos habría esperado, aunque si lo pensaba bien, el Camino era el lugar más adecuado para encontrarlo.

Unos diez metros más adelante vio el almacén gris de un autobús. Vanka reconoció de inmediato el vehículo. En el pueblo tenían uno parecido. Lo habían llevado hasta allí en los primeros tiempos, junto con otros vehículos. Le habían quitado las ruedas y los ejes para instalarlos en los carros. El autobús se había utilizado durante mucho tiempo como cuartel para los guardias, hasta que el techo se había oxidado, y los milicianos más activos habían roto los cristales y se habían llevado el caucho para usarlo en sus casas. ¡Había encontrado un refugio! La puerta trasera, la que por suerte le quedaba más cerca, estaba abierta. Echó una última mirada atrás y puso el pie sobre el escalón, y finalmente entró en el autobús. ¡Podría encerrarse en aquel refugio enviado por la mismísima Providencia y quedarse dentro por lo menos hasta el amanecer!

Sintió en la nariz un olor agrio a pelo de perro mojado. Vanka sintió que se le helaba la sangre. En unos segundos entendió dónde se había metido, y el gruñido sordo de varios lobos confirmó sus terribles sospechas antes de que pudiera escudriñar la penumbra que reinaba en el habitáculo. Con cuidado, paso a paso, sin dar la espalda a las bestias grises que se ocultaban en las tinieblas, bajó por los escalones hasta poner pie sobre el Camino, y entonces se vio entre la espada y la pared. No quería que su invisible perseguidor lo despedazara, pero tampoco que lo devorasen los lobos. No le quedaba ninguna esperanza. No podría oponer resistencia a las fieras con su arco infantil y el cuchillo de su padre. No tenía dónde esconderse y de nada le habría servido correr. Primero un lobo, y luego otro, se posaron suavemente sobre el polvo que cubría el Camino. A la luz turbia de la luna oculta tras las nubes, parecían aún más grandes de lo que eran en realidad. Sin duda, eran mutantes, pero no de esos tan gigantescos que el mero rumor sobre su posible aparición sembraba el pánico en los pueblos que Vanka conocía. Iban con el cuerpo tenso y encorvado, como la cuerda de un arco, dispuestos a acometer con un

salto preciso. Vanka alargó el brazo que sostenía el cuchillo, consciente de que no podía hacer nada, de que si no le atacaban tan sólo se debía a que estaban valorando si el muchacho podía suponer un peligro...

De repente se oyó un trueno, pero sin relámpago, como si no hubiera procedido del cielo sino de más atrás en el Camino. Uno de los lobos retrocedió, soltó un gáñido como un perro, cayó sobre el costado, trató de levantarse, no pudo, volvió a rastras hacia el autobús, pero se dio cuenta de que no llegaría y se puso a gimotear, sufrió convulsiones y se quedó inmóvil. El segundo de los lobos se adentró en la oscuridad en silencio y se esfumó, como si hubiera dejado de existir. Vanka se quedó helado, aturdido, pero empezó a comprender lo que había pasado.

A unos veinte metros de él, un mechero se encendió y prendió fuego en la mecha de una lámpara de aceite. Se trataba de un ser humano normal, solo, con un arma rara en las manos, una especie de fusil, pero mucho más corto, con un depósito grande en el medio. Al lado de su pierna se sentaba, inmóvil, un perro enorme y feroz, de unas dimensiones que superaban a las de un lobo común. ¿Cómo había conseguido que el perro estuviera tan tranquilo, a pesar de hallarse tan cerca de carnívoros? Vio sobre el asfalto... ¿qué era eso? Tenía una rueda que daba vueltas chiriando... ¿un monopatín?

—¿Es que nunca habías visto una bicicleta? ¿Por qué miras así? —En aquella voz había un deje de burla, pero burla bienintencionada, sin ánimo de herir.

—¿Eso es una... veleta? —respondió Vanka, inseguro.

—Acércate, no tengas miedo. El perro no te hará nada. —El hombre le dio un pescozón al chucho, y el animal bostezó, nervioso. Miraba a un punto lejano en la oscuridad—. ¿De qué tienes tanto miedo? Ya, claro, los lobos... te he estado observando... bueno, es que... tengo pocas diversiones, ya me entiendes. Perdona. —El hombre tosió avergonzado.

—¿Y de qué raza es? —Vanka ya había tenido suficiente para olvidar el miedo. A fin de cuentas, habría sido estúpido ponerle mala cara a la única persona que había en decenas de kilómetros a la redonda, y que además lo había salvado.

—Me parece que es un perro lobero. Yo qué sé...

—Podríamos llamarlo *Perrito* a secas —replicó el incrédulo Vanka.

—Y yo qué sé. Está creciendo —dijo, al tiempo que se encogía de hombros—. Y no para de crecer, así que pronto habrá que buscarle otro nombre.

El animal era alto, pero flaco y de lomo muy encorvado. Cuando, por

fin, Vanka se decidió a acercarse, el hombre se quitó la capucha que hasta entonces le había cubierto el rostro y le tendió una mano ancha y gruesa. Tenía todo el cabello canoso y se conservaba sorprendentemente bien, con el pelo cortado en tazón, barba corta y cejas pobladas. A primera vista, Vanka le habría echado unos cincuenta años, pero el viejo se movía y hablaba muy bien, a pesar de su edad avanzada. ¿Quizá el cabello se le había quedado blanco a causa de la irradiación?

—¿Y tú cómo te llamas? ¿Iván?¹ A mí puedes llamarme Serafim Antonovich. Vamos al autobús. Tendremos que pasar la noche en algún sitio.

—Eso era una guarida. ¿Y si el otro lobo vuelve?

—No volverá. —Serafim Antonovich soltó el collar del perro, le dio unas palmadas en el lomo y se acercó a la ciénaga sin hacer sonido alguno—. Si no hay más de tres, se los cargará como a ratas. Por eso está tan bien alimentado.

Atrancó la puerta con un bastón y extendió la capa en el suelo del autocar. Se sacó de la mochila un trozo de carne frita muy pesado envuelto en plástico y le clavó un cuchillo con una extraña hoja negra.

—Lo siento, tendremos que comer frío. Me da miedo encender una hoguera. Quién sabe lo que habrá más allá por el Camino. En esta remaldiva oscuridad no se ve ni a cuarenta metros con el aparato. Los lobos son lo de menos, lo peor es la gente...

Le dio una parte a Vanka y le sirvió un líquido transparente y aromático en el tapón de una cantimplora abollada.

—¿Has pasado un mal trago? Bebe, bebe, no temas, yo también beberé contigo. Bueno, ¿de dónde vienes y adónde vas? —Cuando Vanka hubo terminado, se llevó él mismo la cantimplora a los labios, gruñó y asintió a modo de invitación.

Resultó que no sabía nada del pueblo de Vanka. No paraba de hacerle preguntas. También le interesaron Matveevka, las luchas con los salvajes y la agricultura. En sus trece años de vida, Vanka había visto de todo y no se le habría ocurrido ponerse a charlar con un extraño, pero Serafim Antonovich tenía algo especial, agradable. Era como si lo hubiera conocido desde hacía tiempo, porque Vanka sentía que podía hablarle con franqueza, como con un viejo amigo.

—¡Mientes! —exclamó con gran énfasis cuando Vanka le contó su extraño encuentro nocturno en el bosque—. El diablo de la taiga no perdona a quien lo ve.

1. «Vanka» es un diminutivo de «Iván». (*N. del t.*)

—Es un mutante, ¿verdad? ¿De qué animal proviene? ¿Has oído algo de él?

—Lo que es oír, mucha gente lo ha oído, pero verlo... ¡bueno, sí! Cuentan que es una especie de oso raro... que por aquí hubo un centro secreto para experimentos nucleares. No sale en los mapas y tampoco hay caminos que lleven hasta allí, eso está claro. Pero los que tenían que conocerlo ya estaban bien informados. Afectó mucho al entorno. Todos los animales que se encontraban en un radio de cien kilómetros murieron, hasta los insectos. Y entonces aparecieron esas criaturas. Pero en general... tú no debes de haber visto mapas de nuestro país tal como era antes, ¿verdad? Yo tengo uno. —Metió la mano en la mochila y sacó una hoja con forma de rectángulo—. Ven, mira... el país entero era así. Sólo había ciudades aquí, aquí y aquí. Y eso es todo, los territorios de los antiguos Estados, la tierra donde descansan en paz. Aquí no había nada en absoluto. Nada, ¿entendes? Nunca hubo nada. Nada más que cerros, ciénagas, arroyos, bosques... miles de kilómetros sin ciudades, sin un solo árbol... como mucho, los sobrevolaban una vez al año en helicóptero... quizás estos diablos de la taiga vivieron siempre aquí. ¿Quién sabe lo que habría en la taiga? Pero ahora...

Vanka estaba en baba, no entendía ni la mitad de lo que el otro le contaba. La hoja de papel amarillenta que Serafim Antonovich recorría con el dedo no significaba nada para él.

—Una ciudad ¿es como Khabar? —Se aferró a un tema que conocía.

—Como Khabarovsk, sí... o como Vladivostok... como Petersburgo. Como Moscú. —Serafim Antonovich las enumeraba en voz baja, pero la voz articulaba con tal amargura los nombres que debían de ser de otras ciudades, que parecía un tañido de campana en un entierro. El entierro de aquel mundo que había sido el suyo—. Bebamos juntos una vez más. Que sea la última. Por los que ya no están con nosotros. Por los ciento cuarenta millones. —Empuñó la cantimplora, echó un buen trago, entornó los ojos y se quedó callado.

Vanka también guardó silencio. No sabía qué decir. A través de una escotilla rota del techo se veía un pedacito de cielo. Se levantó viento y unas nubes pesadas cobraron velocidad. Por un breve instante la luna quedó a la vista. A través de las hendeduras herrumbrosas se oía un débil aullido. Unas gotas ligeras y efímeras se estrellaron contra el suelo del autobús. Caía una leve llovizna, no había peligro alguno. Pero de todos modos, Vanka se encaramó por el asiento y puso el paraguas en la escotilla para que quedara cerrada. Así estarían más seguros. Aún no sabía si al día siguiente podría reanudar el viaje. Y además, ¿adónde iría?